obligó á Bruto y á sus amigos á alejarse de la ciudad que habian librado, temerosos de ser allí inmolados por el partido de César, que habia vuelto á tomar vigor en su sangre. Tal fué este crímen. El recuerda la tiranía por la piedad; justa espiacion de los que creen hacer justicia y causan horror por el asesinato.

LXIX.

Antonio se habia asociado hábilmente, para quedar árbitro de Roma, con otro lugarteniente de César, su rival en el ejército, llamado Lépido, quien mandaba las tropas prontas á partir para España. Engrosaron sus fuerzas de todos los veteranos diseminados en las provincias, y dejaron al Senado una soberanía aparente. Durante esta especie de interregno entre la República y la dictadura que siguió á la muerte de César, Bruto y Casio se retiraron á Lanuvio, pequeña villa del campo de Roma. Ciceron dejó brillar su gozo por el restablecimiento de la Constitucion. Dió

prisa á los conjurados para que aprovechasen el momento pronto á escapar á los que vacilan y para restablecer la antigua libertad. Bruto, mas filósofo y orador que político, parecia haber agotado toda su energía en el golpe que habia abatido al tirano. Escribia, borraba, limaba, sometia al exámen de Ciceron, reducia, recitaba y perfeccionaba aun un largo discurso, acusacion de César y justificacion de sus asesinos, que se proponia leer al Senado y al pueblo en el mes de Junio, cuando el Senado abriese sus sesiones. Orador vano, que no sabia mas que los retóricos quieren palabras, pero que las revoluciones quieren hechos!

Los amigos de César y el mismo Antonio acariciaban por su parte á Ciceron. Se esforzaban en atraerlo á su partido, ofreciéndole repetidas veces la mas alta magistratura. Habia recobrado inocentemente toda su libertad por el golpe que le habia libertado de la humillante amistad de César, y de su embarazoso reconocimiento hácia el dictador. Quedó inflexible á la cabeza de los buenos ciudadanos y de los partidarios de una República estable, patricia y mode-

rada. Continuó viviendo en su casa de campo y escribiendo mientras que Roma esperaba su suerte, sin saber por sí misma creársela.

«¿Es esto todo lo que debíamos ver? escribia á Atico. ¡Qué! La obra de Bruto se reduce, pues, á hacer que viva ocioso en su casa de Lanuvio, y que perpetúe por Antonio y por Lépido el reinado de César, mas absoluto despues de su muerte que lo fué durante su vida?»

Estos vanos reproches no volvian ni la popularidad ni la audacia á Bruto y á Casio. Irritaron á Antonio contra él. La cólera de los veteranos, atizada por Antonio, le amenazaba hasta en su retiro de Túsculo: hablábase en Roma de ir á incendiarlo. El pensó en refugiarse por segunda vez en Grecia. Se embarcó en Nápoles y siguió las costas de Italia hasta á Regio en Calabria; allí tuvo una entrevista con Casio y Bruto. Le enteraron de que la opinion por la libertad volvia á renacer en Roma, y que se invocaba su nombre como el solo que podia inspirar á la vez valor al Senado y cordura al pueblo. Entonces desembarcó y se aproximó á Roma. Los ciudadanos se precipitaron en todas partes á su paso, como á la vuelta de su primer destierro. Roma parecia viuda de su génio cuando él se alejaba de ella. Volvió á Túsculo, no osando entrar aun en Roma en tanto que Antonio mandase.

Pero ya el crédito de Antonio decaia en el pueblo, en el Senado y en el ejército. Otra popularidad mas sólida y de mas prestigio para los romanos se elevaba sobre su ruina: era la del jóven César Octavio, hijo de una sobrina del gran César, y á quien el dictador habia declarado su heredero en su testamento. Este adolescente, ausente de Roma con su madre al tiempo de la muerte de César, acababa entonces de demandar tímidamente á Antonio la herencia de su tio. Antonio lo despreció y amenazó. Su juventud, su nombre, su título de heredero y de hijo adoptivo de César, las lágrimas de su madre, la injusticia de Antonio, habian interesado á los romanos. El menosprecio por Antonio, la esperanza que se une á la infancia, las donaciones del testamento de César á los soldados, que su heredero prometia

cumplir, hicieron lo demás. Octavio, acompañado de su madre, mostrándose en Roma, recorriendo las provincias, implorando al pueblo, invocando á los veteranos, prometiendo á los republicanos darles la libertad antigua y librarles de la grosera soldadesca de Antonio, habia llegado á ser en poco tiempo, para unos, el vengador futuro de César, para otros, el inspirado restaurador de la República. Afectaba ver en solo Ciceron la patria entera. Recibia de Ciceron los oráculos, mantenia correspondencia con él; le visitaba en su retiro; le trataba como hijo que se inspira con la sabiduría de un padre; le juraba no emplear el poder que su herencia, su nombre, su partido, el favor de los romanos le daban, sino en restablecer, con ayuda de Ciceron, la autoridad del Senado, el imperio de las leyes, y el ejercicio de la libertad antigua.

Ciceron, aunque no les diese crédito, estaba obligado á creerlo. Su pasion por el restablecimiento del gobierno libre, su amistad con Bruto, su justo ódio y su terror demasiado fundado á Antonio, no le dejaban otra palanca que este jóven para sublevar

á Roma contra este vil tirano que habia heredado el despotismo de César, mas no su dulzura, su gracia y su génio. Se unió luego para la salvacion de la república, con Octavio, y se declaró abiertamente su protector. Luego que se supo que Ciceron adoptaba la causa del jóven César, la de Antonio perdió en la opinion de la Italia. La autoridad moral de este grande hombre equivalía á un ejército.

Antonio, abandonado por las legiones inmediatas á Roma, se alejó, con rabia en el corazon, para ir en busca de otros hácia los Alpes. Octavio, con los cónsules, marchó contra él en nombre del Senado, y lo derrotó junto á Módena. Vencido Antonio, pero hallando otra vez en la derrota la energía de la desesperacion, atraviesa los Alpes con una legion de sus soldados, lisonjea á su rival Lépido, que mandaba otro ejército romano en las Galias, y vuelve á entrar en Italia con cien mil hombres para disputársela á Octavio. La suerte del mundo quedó en suspenso durante algunos meses.

Ciceron, vuelto á Roma, atizaba el fuego

sagrado de la libertad en doce inmortales discursos, al Senado y al pueblo, contra Antonio; arengas llamadas *Filípicas* por alusion á las de otro orador, Demóstenes, contra Filipo, rey de Macedonia, que amenazaba la libertad de Atenas, como Antonio amenazaba la de los romanos.

Estas doce arengas de Ciceron, fruto de su génio madurado por los años, de su patriotismo humillado por la servidumbre, de su cólera atizada por el terror, y como por el presentimiento de los crímenes de Antonio y de su mujer Fulvia; mas malvada aun que su marido, en fin, por esa desesperacion de valor que no teniendo ya mas miramientos para salvar un resto de vida, quiere al menos inmortalizar su memoria, son el grito de muerte de Ciceron, destinado á resonar mas allá de su tumba. El raciocinio, la pasion, la súplica, la imprecacion, la invectiva, el furor sagrado que santifica la injuria, el apóstrofe á los romanos, la invocacion á los dioses, el desafío al puñal, el heroismo del alma, del corazon, del acento, del gesto, todo esto sucesivamente y junto á la vez inflamado con el fuego de la elo-

cuencia para reanimar á los romanos de su postracion, y para darles por un esceso de desprecio al tirano, si no el ardor por la libertad, al menos la vergüenza de la servidumbre. Es el mas largo y sublime acceso de cólera que jamás haya resonado entre los hombres!

En efecto, Roma y el Senado se esforzaron por algunos meses á estos acentos, pero fué para volver á caer.

Mientras que Ciceron á los sesenta y cuatro años de edad, se esforzaba así en comunicar á su patria el inestingüible fuego de la juventud que habia en él, Octavio, por quien combatia en Roma, negociaba en Módena, con sus dos rivales Lépido y Antonio, encontrando mas seguro dividir el imperio que jugarlo en una batalla dudosa, seguro además de que su nombre y su política lo darian á él todo entero.

Informado Ciceron de esta traicion y de esta ingratitud de su pupilo, escribió en vano á Bruto y á Casio para que volviese precipitadamente á Italia con sus tropas de Africa para salvar una vez mas la república. Su crímen pesaba sobre ellos; no osaron

reaparecer en la tierra donde el grito de sangre de César se esforzaba cada vez mas contra ellos.

LXX.

Octavio, Antonio y Lépido convinieron una entrevista en una pequeña isla formada por el rio Reno, cerca de Bolonia. Deliberaron allí durante tres dias y tres noches, y acordaron formar entre sí un triunvirato ó un gobierno de tres personas, dividiendo el pueblo romano en tres partes, y cada una era un imperio. Pero era poco dividir así la república, necesitaban asegurar la pacífica posesion inmolando á todos los buenos y grandes ciudadanos capaces de defenderla ó de inquietar su tiranía. La sangre de tres mil trescientos ciudadanes romanos, que se sacrificaron mútuamente, fué el sello de su tratado. Formaron juntos la lista, discutieron, añadieron, borraron, traficaron con la vida y la muerte de sus amigos ó enemigos, hasta que cada uno de ellos otorgó á los demás la sangre del mas querido

de sus amigos, para obtener en cámbio la sangre del último de sus enemigos.

Ciceron era el primero en lista. Octavio, con un resto de pudor, lo defendió mucho tiempo, haciendo ver la ignominia que recaeria á un gobierno, cuyo primer acto seria el sacrificio del mas grande ciudadano y del mas grande génio de Roma. Las *Filípicas* pedian bastante venganza en el corazon de Antonio. Los dos proscriptores, colegas de Octavio, le hicieron presente, sin duda, que el equilibrio de las fuerzas era necesario á su mando para que fuese estable; que Ciceron gozaba de una autoridad moral demasiado grande en la república por su celebridad y por su génio; que aquel de los tres triunviros que se declarase amigo lo conseguiria al instante á los otros dos; que arrastraria con él la opinion y la fortuna, y que el equilibrio, destruido por el peso de este grande hombre, volveria á sumergirse otra vez en la nada, y la Italia en la anarquía. Octavio cedió al poder de esta lógica de asesinos y á la codicia del mundo. Juzgó que Roma valia mas que aquel crímen y permitió á Antonio se vengase.

LXXI.

Los triunviros, encerrando sus proscripciones en el silencio hasta su llegada, por temor de que sus víctimas no escapasen por la huida á sus sicarios, se adelantaron lentamente hácia Roma. No se propaló mas que los nombres de diez y siete grandes proscriptos, cuyas cabezas debian adornar su triunfo sobre la república. Ciceron era aun el primero; supo su sentencia sin osar á creerlo. ¿Comenzaria Octavio por un parricidio? ¿No era para él, Ciceron, su segundo padre? confiaba contra toda esperanza en él; pero lo temia todo de Antonio, y sobre todo de Fulvia, su nueva esposa. Los hombres perdonan; las mujeres se vengan, porque tienen menos fuerza contra su pasion.

En esta perplegidad, Ciceron tenia tiempo para huir, y quizá era este el pensamiento de Octavio. Las vacilaciones, esta debilidad de los grandes espíritus, porque pesan el pró y el contra mas que los demás hombres, fué la causa de su muerte, como habia sido el azote de su vida. Perdió los

dias y las horas en debatir consigo mismo y con sus amigos lo que á su edad era preferible, si tender estóicamente el cuello á los asesinos y morir dejando clamar su sangre contra la tiranía sobre la tierra libre de su patria, ó mendigar en Asia el pan y la vida del proscripto entre los enemigos de los romanos. Su ánimo parecia decidirse y arrepentirse sucesivamente por el uno ó el otro partido. Sus pasos divagaban, como sus pensamientos, desde la orilla del mar á sus casas de recreo, y desde estas á las orillas del mar.

En fin, quiso alejar el momento de la resolucion suprema, alejándose de Túsculo, demasiado próximo de Roma. Abandonó esta mansion con su hermano Quinto y su sobrino, que le queria como á un padre. Se retiró á su casa, la mas lejana de Astura, morada de luto, en donde, como se ha visto, alimentó la melancolía por la muerte de su hija Tulia. La aspereza del sitio y lo intrincado de los bosques, parecian resguardarle de la maldad de los hombres.

Estaba esta casa en la playa del mar de Nápoles. Pasó allí algunos dias en escuchar

á lo lejos la marcha del ejército de los triunviros, que se aproximaban á Roma; parecia resuelto á esperar allí la muerte, sin tomarse el trabajo de huir mas lejos, ni de arrostrarla de mas cerca. Sin embargo, su hermano, su sobrino, sus libertos, sus esclavos, especie de segunda familia que el reconocimiento, las leyes y las costumbres ligaban hasta la tumba á los antiguos, le hicieron ver que un hombre como Ciceron nunca era viejo, mientras que su génio podia aconsejar, ilustrar ó despertar á su patria; que Caton, muriendo, habia él mismo estinguido prematuramente una de las últimas esperanzas de la República por una impaciencia ó por una flojedad de virtud; que si estaba él resuelto á morir, era menester al menos que su muerte fuese inútil á la causa de los buenos ciudadanos, que era la de los dioses; que Bruto y Casio, viviendo aun y reuniendo en Africa las legiones fieles á la memoria de Pompeyo y á la República, prontas á combatir con los ejércitos venales de los triunviros, debia ir á reunirse otra vez con estos últimos romanos, reanimar con su presencia y con

su palabra una causa que no era aun desesperada en tanto que le quedasen Ciceron y Bruto; ó que si era menester perecer, al menos lo fuera con la justicia, la virtud y la libertad.

LXXII.

Estos consejos prevalecieron un momento en su ánimo. Dejó su retiro de Astura con su hermano y el cortejo de esclavos y de familiares, para acercarse á la mar y montar allí en una galera que se le tenia preparada; pero la precipitacion con que habia salido de Roma y Túsculo, á los primeros rumores de su proscripcion, no le habian permitido tomar el dinero necesario para una larga espatriacion. Apenas estaba en el camino, cuando reflexionó en la indigencia en que iba á verse espuesto con su familia y sus amigos durante su destierro. Mandó parar su litera (silla cerrada por cortinas y llevada por esclavos, que servia de carruaje á los romanos ricos), é hizo aproximar la de su hermano Quinto, que iba detrás de la suya.

Las dos literas estaban colocadas la una

al lado de la otra en el camino, y alejados los portadores; los dos hermanos se hablaron un momento sin testigo por las portezuelas. Convinieron en que Quinto, como el menos célebre y conocido, volviera solo á Ancio, su pais natal; que trajera el dinero necesario para su fuga, y que volviera presto á juntarse con Ciceron en su casa de la costa de Gaeta, en donde le aguardaria para embarcarse. Despues los dos proscriptos, como si tuvieran el presentimiento de su eterna separacion, se lamentaron del rigor de su desgracia, que no les permitia soportarla juntamente; lloraron de ternura en el camino, en presencia de sus esclavos, y abrazándose se separaron y se aproximaron muchas veces como en un último adios.

LXXIII.

Quinto volvió á Astura para retirarse por las sendas de las montañas á su casa de Ancio con sus hijos. Ciceron prosiguió su marcha hácia la orilla del mar, y se embarcó en una galera. En una ensenada de la playa de Gaeta, á la derecha, donde se vé

aun hoy dia elevarse su tumba como un escollo de gloria cerca de los escollos del Océano, poseia una casa de campo embellecida de todos los lujos y adornada de todas las delicias de una residencia de verano para los grandes ciudadanos de Roma. Se elevaba sobre un promontorio, desde donde la mirada abrazaba una vasta estension de mar, ya límpida y silenciosa, ya espumosa y embravecida, circuido por el semicírculo de un golfo poblado de villas marítimas, de templos, villas romanas, navíos, barcos y velas que daban variedad á las playas y á las olas. Los vientos etesios, que soplan del Norte durante la canícula, refrescaban la temperatura: jardines en bancales descendian de piso en piso de la aérea casa á la húmeda playa; cavernas naturales, acabadas por el arte, pavimentadas de mosáicos, divididas por depósitos, donde el agua del mar, penetrando por canales subterráneos, renovaba el frescor y servia para los baños. Un templo doméstico, probablemente el que habia consagrado á su hija Tulia, dejaba brillar mas sus columnas y capiteles de mármol de Paros, medio cubiertos por los

naranjos, laureles, higueras, pinos, mirtos y los pámpanos de los emparrados que entapizan eternamente esta costa.

Aquí desembarcó Ciceron de su galera para esperar la hora de partida y el regreso de su hermano Quinto. Los triunviros estaban aun á muchas jornadas de Roma. La Campania sin tropas, y todo anunciaba que los sicarios de Antonio no llegarian tan presto como su venganza.

LXXIV.

Pero su venganza le aventajaba. Apenas Quinto y su hijo llegaron secretamente á su villa paterna de Ancio, para vender allí sus bienes y llevar á Ciceron su importe, la traicion doméstica reveló su presencia á los emisarios de los triunviros, y fueron degollados, padre é hijo, en sus propios hogares, por el crímen de su nombre.

Noticiosos los libertos y esclavos de Ciceron, le ruegan con insistencia que huya. Se embarca en su galera y navega hasta el promontorio de Circe, cabo saliente del golfo de Gaeta, para hacer vela hácia el Africa. Hizo que los echasen á tierra, no

obstante las instancias de los pilotos y lo favorable del viento. No podia abandonar esta última playa de Italia, ni perder de todo punto la esperanza del corazon y el reconocimiento de Octavio.

Siguió, á pié y en silencio, lo largo de la playa, el camino que conducia hácia Roma. Su galera le seguia á alguna distancia en las olas. Despues de haber marchado así algunas millas, abismado en sus perplegidades, comenzaba á oscurecer, hizo señal á sus remeros se aproximaran á la playa y se confió de nuevo á las olas. Confesó á sus libertos, que cansado de incertidumbres y de fugas, habia resuelto un momento á entrar en Roma y marchar á abrirse él mismo las venas en el palacio de Octavio, á fin de vengarse al menos, muriendo, de una ingratitud escrita con caractéres de sangre con el nombre de este parricida, y de ligar á su paso, con la memoria de su crímen, una *furia* que no le dejara descansar nunca... El temor de las torturas que le harian sufrir, si lo detenian antes de llevar á cabo su suicidio, le retuvo y volvió á bordo. Navegó algun tiempo indeciso sin perder de

vista la ribera; despues, impulsado aun por no sabemos qué pensamientos, ordenó á los remeros lo volviesen á su casa de campo de Gaeta, que habia abandonado aquella mañana. Sus servidores le obedecieron gimiendo y llorando sobre su muerte. La galera arribó á la playa donde se elevaba el templo.

LXXV.

Los presagios, lengua adivinatoria perdida hoy dia, que anunciaban, interpretaban, solemnizaban todos los grandes hechos trágicos de los ciudadanos ó de los emperadores, advirtieron ó consternaron á los servidores de Ciceron. Así que la galera pugnaba por vencer las últimas olas para anclar al pié del promontorio, una nube de cuervos, aves fatídicas que posaban en las cornisas del templo, se elevaron del todo con grandes gritos, y revoloteando delante de la galera, llegaron á querer rechazar sus velas y bergas hácia alta mar, como para significarle un peligro en la orilla. Sea que Ciceron, como filósofo, se hacia superior á las supersticiones populares, sea que aceptase el agüero sin buscar de evitarlo, no

por eso dejó de subir los tramos que conducian á su habitacion. Entró, y estando echado vestido sobre el lecho para reposar de sus angustias ó para recogerse en sus pensamientos, puso sobre su frente la punta de su toga, á fin de no ver la última luz del dia. Pero los cuervos que le habian rechazado de la playa le siguieron hácia su casa. Sea que estas aves familiares tuviesen alegría de volver á ver á su amo, sea que elevándose muy alto en los aires hubiesen apercibido, antes que los servidores, las armas inusitadas de los numerosos soldados de Antonio, esparcidos en los campos y deslizándose como asesinos hácia los jardines de Ciceron, se agitaban como por un instinto disimulado. Una de ellas, penetrando por la ventana abierta á la brisa del mar, se posó hasta en el lecho de Ciceron, y, tirando con su pico la punta de la túnica vuelta sobre su cabeza, le descubrió el rostro y parecia apresurarle á salir de una casa que lo rechazaba.

A esta señal del instinto de las aves, los servidores de Ciceron se mueven, se enternecen, prorumpen en llanto y se reconvie-